

LA EDUCACIÓN DEL PRÍNCIPE

Grabación de la conferencia que tuvo lugar en el Congreso Internacional del Mediterráneo, en Atenas, en Julio de 1989.

Se repitió en el curso *Cartagena, Frontera de Culturas*, del Aula de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, ese mismo año.

Fue publicada por *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Se utilizó fragmentariamente en *El Manuscrito de Palermo*.

Señoras y señores, buenas tardes.

Debo confesar que hablar de Grecia en Atenas, y la idea de que yo dedicase mi conferencia a un tema como, "La educación del Príncipe", me llenó de gozo. Siempre me ha interesado. Y si convenimos en que de la ejecutoria del Sumo Gobernante se derivan funestas o estimulantes consecuencias para los habitantes de la nación gobernada, el deseo de que tales secuelas sean agradables, sanas, y no desventuradas, está escrito hasta en la carne de los ciudadanos, carne que, por qué no decía, con demasiada frecuencia ha salido y sale malparada de tales regimientos.

Pero al empezar a recopilar información, a releer ciertos textos que convenía refrescar, etc., sentí que era como si me adentrase en territorios de absoluta irrealidad. Pues la primera evidencia que regala nuestro mundo, y desde hace bastantes años (una linda sería la caída del *Ancien Régime* en 1789), es que, salvo contadas excepciones, no existe esa «educación del Príncipe", y que, cada día más, en un alarde de progresión, el número de incapaces, torpes, iletrados, cuando no indudablemente indignos, que detentan el poder va en aumento, sobre todo a partir del primer tercio de este siglo nuestro, y que las amenazas de desastre parecen ya incuestionables y éste indetenible.

Al mismo tiempo se me revelaba también de manera indudable que acaso jamás en el acontecer de los hombres ha sido tan necesaria la existencia de esos gobernantes educados. Pero lo quimérico de su existencia, médula de los sistemas políticos que afligen al mundo (quizás con la excepción, ignominiosa, sin embargo, de la (URSS), reducía el tema a lo que puede parecer una nostálgica evocación sin sentido alguno. Y esto es así, porque parece olvidada esa simple y gran reflexión que nos plantea Kart Popper: El problema no es quién debe gobernar, sino como podemos organizar nuestras instituciones políticas de forma que los gobernantes malos o los incompetentes nos causen sólo el mínimo daño. Como parece que no hay forma de reducir el poder mediante unas sabias instituciones, o que estas también aparecen envilecidas, de ahí que debamos ocuparnos del gobernante.

Deseo que no vean ustedes en mi disertación una invectiva contra los poderes constituidos en Occidente en general en los últimos casi doscientos años, ni una exaltación de aquellos otros que provocaron la gloria de Grecia y la de tantos pueblos en diversos siglos, sino tan sólo la exposición sin duda inhábil de retazos de lo que los griegos pensaban en tomo a tan delicado tema, y, si acaso, resaltar algunos rasgos de su legado que puedan servir si no ya de Norte, al menos de consuelo.

Tal vez hubiese debido proveerme de las suficientes notas para no dejar a la improvisación tema tan arduo, pero ya saben ustedes que una tendencia muy a la moda solicita del conferenciante no el que considere razonable y serenamente este o aquel asunto, sino que aun con riesgo del equilibrio de su argumentación, divierta por su capacidad de palabreo; así que espero de mi memoria la suficiente viveza y de ustedes la adecuada tolerancia para que esta hora que debemos pasar juntos en esta hermosa sala no resulte intolerable.

El problema esencial que aquí se planteó, y por vez primera en la Historia, en el desarrollo del espíritu humano, es el de la Libertad, y la certidumbre de que el hombre influye en su Destino, que inventa y elige. Esto es: Grecia alza para siempre la individualidad del hombre. Y desde que Homero lo cantara en los versos imperecederos de su Odisea, no ha cesado esa visión de dar los más nobles frutos. Y el hombre participa en la construcción de ese Destino porque para los griegos, y, repito, por primera vez en la Historia, el hombre es libre de decidir entre el Bien y el Mal, y de mejorar a través de la educación. La educación influye en los gobernantes y éstos son quienes ejercen el poder, y el poder marca como a fuego nuestra vida. Todos los grandes pensadores, Píndaro o Platón, Teognis o Jenofonte, Isócrates, Tucídides y el gran Aristóteles, convienen en ello, como lo hicieron Solón y Hesiodo, y el magnífico Pericles.

El problema de la conducta del Monarca y de su influencia en la gobernación es algo que Isócrates, por ejemplo, suscita ya de entrada en su soberbia meditación. El monarca es la cima, pero lo es cuando se ha legitimado en y por la Areté. El monarca es la imagen de una sociedad que tiende hacia una culminación. Yo no creo en culminación alguna de la Historia, pero sí en la posibilidad de "islotes" de bienestar y Ley. Homero ya había situado a sus héroes en esa perspectiva. Y esa meta es la que da sentido a su figura y a su época. Esa meta, la Hipótesis, es muy simple: que su pueblo sea más rico, más fuerte como nación y que vivan, no sólo en el aspecto material, mejor, esto es: que tienda a la Felicidad. Ese bien supremo es la Eudemonía, bien supremo objetivo. Y la virtud que precisa ese impulso hacia el Bien -y esto es válido tanto para el Príncipe como para sus súbditos- puede ser cimentada. Esa posibilidad de enseñanza es el corazón de un gran Discurso de Isócrates -titulado *A Nicocles*-, como lo había sido

del pensamiento de Teognis. Es un canto a la Inteligencia y al equilibrio del Bien, que debe prevalecer sobre las posibilidades de los perversos y los incapaces.

El por qué en este tan reducido, pedregoso, inhóspito territorio, hombres que venían de mil caminos y razas, de Dios sabe dónde, pensaron, se hicieron por vez primera las grandes preguntas, y las respondieron con la altura y trascendencia con que ellos lo hicieron, es un milagro, como acaso no lo es menos el enmudecimiento posterior. Pero lo miremos como lo miremos, lo que somos, o, lo mejor de lo que somos, sigue siendo lo que imaginó aquel griego que puso los cimientos de todas las ciencias, todas las artes y nuestro sentido moral, que luego, con la mixtura cristiana, forjaron al hombre occidental. Clemente de Alejandría ya dijo que nuestro río caudal original era griego.

Y esto no quiere decir que Grecia, a lo largo de su gesta no esté amojonada de profundos errores, crueldades, y en fin de todo lo que constituye el lado abominable de nuestro hacer en este mundo y que no fueran las mismas las miras de Atenas que las de Esparta u otros. Pero ya desde su origen hay como un hilo exquisito de inteligencia, de magníficos objetivos, de la más eminente cultura, que atraviesa incólume hasta sus más profundos desvaríos –podría hablarse de la lamentable situación de la Democracia ateniense al final del siglo V, y de muchos otros errores-, y que por encima del apetito soez de sus masas y la vileza en ocasiones de sus dirigentes, ha permitido que sus creaciones se constituyeran en el más alto modelo de los siglos. Y creo que esto ha sido así porque ya desde Creta nunca olvidaron que la libertad del hombre es inviolable. Y es aún el modelo porque posiblemente jamás en la Historia de la Humanidad, civilización alguna expresó de forma más perdurable su magisterio. Aquellos griegos tenían un patrón: el Espíritu, que sitúa como meta no lo que se puede conseguir sino al amor que impulsa esa búsqueda. El Amor y la Libertad.

Esa fue su lección, más allá incluso de los muchos descubrimientos que nos legaran, y sobre los que aún nos movemos. A Grecia le sucede como lo que al gran Shakespeare o a Tolstoi: sobreviven a cualquier traducción, a cualquier desvarío, a través de interpretaciones pervertidas.

Un escritor griego no sólo nos lega -o un médico, o un escultor, o un ceramista, o un arquitecto- no sólo -y sobre todo un político- no sólo, repito, la obra lograda, sino la viveza, la juventud espiritual que animaba su empeño. Aquellos griegos construyeron su mundo con la limpieza, claridad y rotundidad con las que un joven atleta disparaba su flecha: perfecta la belleza del sujeto y directa, limpia la trayectoria. Sin nada que le sobre, exacta, justa, a la medida del hombre; una flecha que el hombre puede disparar. *A su medida*. Porque otra lección inmensa de Grecia es que todo es a la medida del espíritu del hombre.

¿Hay algo más simple y directo e imperecedero que el Partenón, por ejemplo? Recuerden ustedes los versos de la Ilíada, o el Templo de Poseidón en el Cabo Sunion, o el Santuario de Apolo de Figalia. Acaso eso sea el sentido de aquel final de Keats: *Beauty is truth, Truth is beauty*.

Con esa misma claridad y firmeza se plantearon el tema que viene a ser el contenido de esta conferencia mía de hoy. También su política fue directa, esencial y, permítanme la expresión, muy griega por cierto, en muchos momentos bella. Porque la belleza aquí tuvo una significación más profunda que para nosotros. Es guía de la vida, tanto en el Arte como en los gestos de los hombres. Deben, han de ser bellos. Con esa medida y esa rotundidad, Grecia legó al mundo una expresión muy eficaz de la Libertad, de la Justicia, de su administración práctica, de las complejas leyes del gobierno y de la Educación, la *Paideia*. Todo ello era presidido por la exigencia de verdad. Una verdad, como la belleza del Arte o la perfección del cuerpo, o hasta los placeres de la carne y

del espíritu, sin más justificación que su propio disfrute, como algo que solamente debe buscarse y practicarse por amor a ello mismo. Hasta los conceptos de piedad y misericordia –que tan suyos haría el Cristianismo- son griegos, y lo fueron con su más noble acento de filantropía, sin los excesos ridículos que sucederían después. Y todo ello lo hicieron y nos lo entregaron con el más alto y noble de sus descubrimientos, que es lo que ciertamente constituye el helenismo: todo eso, esa *Areté*, es una cualidad del espíritu, y no pertenece sólo al griego, sino que es patrimonio de la Humanidad.

Recuerden ustedes que con Alejandro, el gran Alejandro, ser griego era poseer la cultura de Grecia.

Podemos decir -y no es una salida de tono ni una exageración- que la primera exigencia *sine qua non* de un político, y por supuesto no creo que los tiempos hayan desechado esa obligación (y más adelante tendré ocasión de referirme a qué sucede cuando no es así), es que no es "aconsejable" sin una esmerada educación y una excelente cultura. Debe haber leído a los clásicos. Sí, no se rían ustedes, aunque comprendo que los ejemplos que tenemos ante los ojos todos los días en cualquier país, casi, sin excepciones, por desgracia, sugieren lo contrario. Pero notables precedentes lo advierten y si le sirve a alguien para reflexionar, yo mantendré que no sólo es absolutamente necesario, sino que lo contrario resulta demasiado peligroso. Ni ayer ni hoy es concebible un gobernante que no haya meditado largamente al menos sobre la obra de Plutarco, Tácito, Tito Livio, Cicerón, Suetonio, Polibio, Tucídides, Isócrates, y sin duda Maquiavelo y otros no menos notables historiadores y economistas y grandes escritores. Leído y meditado, y discutido, y aconsejándose de los más admirables. Puesto que lo que un político hace es Historia, esto es, elegir entre la diversidad de caminos que abre la evolución social, necesita dominar su instrumento como sería inconcebible un arquitecto que desconociera la resistencia de los materiales o un pintor

ígnaro de las posibilidades de sus colores. La Historia no se repite. Conocerla no sirve, pues, para prever; pero sí para saber cómo somos, qué es peligroso y qué benéfico. Y eso es una parte de la educación, sobre la que volveremos.

El gran legado de Grecia a la política es, ya de inicio, haberla inventado. Quiero decir que con Grecia es la primera vez en la Historia que los hombres reflexionan en que son una comunidad y que esa comunidad sobre su experiencia constituirá sus leyes, su marco, y que esos mecanismos son verificables y son perfectibles. Y a esa tarea -qué gran ejemplo el *Agora*- se consagraron en cuerpo y alma; a esa dedicación entregaron sus mejores esfuerzos hombres que jamás olvidaremos, pero también la suma de la ciudadanía griega innominada. La línea maestra de su pensamiento es el equilibrio. Ya la creación misma del ciudadano es la mejor prueba de este equilibrio: ni déspotas ni Horda: el ciudadano es la justa medida de la *Res Publica*. Y ese ciudadano creo que era un hombre equilibrado, y sumamente conservador de lo que el pasado había acreditado como bueno. Al mismo tiempo, ese conservadurismo no era una tumba. Había leyes no escritas que no podían transgredirse, porque estaban en la sangre, pero junto a ellas jamás el espíritu ciudadano ha sido más libre en su enjuiciamiento, en su análisis de la realidad; desde el implacable Tucídides al último ateniense. Odiaban las frases huecas, no hubieran entendido jamás lo que nuestras modernas sociedades alaban como zorrería política, pues desconfiaban de que ésta no escondiese sino carencia de inteligencia. Los griegos fueron grandes realistas, esto es, siempre tomaron el toro por los cuernos. Pactaron, sabían pactar, pero esos compromisos eran menos formas zafias de ganar tiempo, que retoques magistrales en su sistema de equilibrios. Y seguidores como siempre fueron de la máxima «El hombre es la medida de todas las cosas», crearon política a esa escala, teniendo en cuenta sus cualidades, sus grandezas y sus miserias, su necesidad de libertad pero también su exigencia de orden, de limitaciones. No en vano,

recuerden ustedes que la Política de Aristóteles se precede de un tratado de Ética. Y ese hombre medida de todas las cosas, jamás vio tergiversada su verdadera naturaleza por la despreciable turbulencia de las ideologías.

Grecia alumbra un pensamiento político muy claro. Y de tal vigor que nacido para responder a los avatares de una realidad de hace más de veinticinco siglos, tenía en sí tan generosa semilla como para colmar primero al mundo romano y después al Cristiano, y de la fusión de ambos a todo el espíritu europeo o lo que conocemos como Civilización Occidental, de la que ahora acaso presenciemos su final.

El *Conócete a ti mismo* que campeaba en Delfos es la base de todo el sistema. Lo he dicho ya refiriéndome a Tucídides y a todos los demás. Pero un Conócete a ti mismo que se inserta en una visión de conjunto, en una suma de la que cada parte es indesligable, pues como escribía Mathew Arnold, ellos -aquellos griegos- vieron la vida en su totalidad, y en eso consisten su acierto y su grandeza imperecedera.

Grecia establece un principio que creo esencial, y que me parece muy provechoso meditar sobre ello en estos momentos cuando Occidente se despeña como nunca por las simas de la degradación y el mal gobierno: la exigencia de desigualdad. Hay una conquista en el camino de la legitimidad de una sociedad: la igualdad de los hombres ante la Ley. Aunque ninguna expresión más profunda y perfecta de ello que la tan alabada por Herodoto, Isonomia. Y en esto creo llevaba razón Huizinga cuando advierte que todo hubiera ido mejor si las sociedades hubieran seguido el sentido de esa Isonomía que el de Democracia. Pero lo que Grecia enseña es que esa igualdad no incluye la rectificación de la natural desigualdad de la Naturaleza y de la Vida, y que nunca debe vulnerarse la división y la jerarquía entre calidades espirituales de diversas categorías. Hay hombres que son «mejores», más inteligentes, más bondadosos, más

equilibrados, superioridad que la educación acrecienta y afirma, y es mejor que sean ellos quienes gobiernen, son mejores las instituciones que llevan a que sean ellos quienes gobiernen y procuren un marco histórico donde sea posible la Libertad. Esos seres elegidos para el gobierno de la comunidad han de tener como cualidad esencial el sentido del deber, y en él, algo que Grecia señalaría como fundamental: la *Eunoia*, que vendría a ser el lazo de la Fidelidad que une indisolublemente al Rey y a sus súbditos.

Hasta aquí vemos ya dos piedras angulares en la educación del Príncipe: Algunos seres humanos están mejor capacitados para gobernar pero es necesaria una educación que profile esas condiciones. La educación, que por supuesto nada tiene que ver con el desastre que actualmente se considera Enseñanza, es el planteamiento de una meta sublime: el hombre más libre; imagen que, y ya hablé antes de ello, incluye la belleza como rasgo esencial, como norma del ideal.

Ese sistema lo encontraremos en el Imperio Romano -que además, hasta el error de los excesos intervencionistas Imperiales, legó un Derecho Civil modelo- y en la notable forma de gobierno que sería quizá la Monarquía Electiva. Y lo encontraremos en las mejores cabezas del pensamiento europeo posterior: por poner un ejemplo, pienso en Shakespeare, en Montaigne, que totalizan la experiencia Renacentista. Ellos se encontraron ya un mundo distinto, sin Dios o dioses, pero su meditación histórica tiene muy en cuenta esta teoría de la legitimidad por la consecución de un orden justo. Y pienso en Maquiavelo, en Guicciardini, en Hume, en De Tocqueville, en Burke, en Popper, en Hayek, en Montesquieu, en Von Mises...

Vamos a tratar ahora, sobre la estimación de las cualidades que Tucídides resalta en Temístocles (y que serían el retrato del gobernante), y recordando también lo que sobre el tema establecen Solón o Teognis o las *Vidas* de Plutarco, así como las

enseñanzas del llamado Siglo de Pericles o las páginas inolvidables de Platón o Isócrates, lo que podemos considerar como atributos de ese Príncipe y su educación.

Las cualidades que se le exigen son fundamentalmente dos, aparte de una cultura que es tanto la propia como la de aquella gente ilustrada y sensata de que debe rodearse: previsión y claridad de juicio. Pues la vida y la política son como esas filas de fichas de dominó que al caer una mueve a las restantes, o como un ajedrez. Por lo tanto hay que meditar mucho cada gesto, cada decisión, que pueda poner en marcha otros engranajes, y saber a dónde pueden conducir. Esto incluye la guerra, que no debe ser -como modernos testimonios nos han acostumbrado- total y aniquiladora, sino localizada y como arma de la política.

Otra consideración primordial es que no deben alimentarse ideologías que condicionen prejuicios o que hagan mirar los acontecimientos desde un ángulo determinado y mucho menos paralizar la vida social con una estructuración política y económica que dificulte su propia evolución natural, ya que de lo que se trata es de estabilizar, contrapesar inclinaciones muy diversas, intereses que las circunstancias pueden situar como contrarios. El monarca debe tener una visión semejante a la Naturaleza, donde todo crezca, pueda mutar y ser capaz de nuevos acuerdos, nuevos equilibrios, pues la política opera sobre el movimiento mismo del Destino humano, esto es: sus caminos se van abriendo en concreto y exigen soluciones concretas. Una enseñanza fundamental podemos obtenerla -de otras muchas páginas también, claro está- pero principalmente del elogio fúnebre que hace Tucídides en su tercer Discurso (panegírico de los atenienses caídos en el primer año de guerra): la mejor constitución del Estado es la mixta; esto es, los ciudadanos son iguales ante la Ley, pero la vida política debe elegir cuidadosamente aquellos que están preparados, educados, para el poder. O la defensa de la inviolabilidad de las libertades en II, 37.

Consecuentemente, el Rey deberá elegir para su gobierno a los más capaces, y deberá oírlos, y nunca permitir que un incapaz prevalezca sobre un inteligente. Un soberano sagaz, rodeado de hombres inteligentes y equilibrados y hábiles, es una cima de Poder Justo.

La necesidad de esa educación de los mejores, de los «filtrados», ya la había planteado Isócrates, y también la estudiará Platón (pensemos en sus reflexiones sobre el tirano Dionisio), así como la Ciropedia de Jenofonte y, desde luego, el magnífico Aristóteles, que además tuvo ocasión de llevar a la práctica sus ideas en su educación del que sería el Gran Alejandro. Un ejemplo moderno lo tendríamos en las lecciones de Ranke para Maximiliano de Baviera.

De esa ensambladura del sabio y el gobernante deriva la gran conclusión: que la capacidad de tender a lo mejor en libertad es la más noble de nuestras posibilidades. Baluarte capital de esa educación Real es el principio de la Legitimidad: no basta -dice Grecia- la sucesión. Hay que justificarse en la Areté, ella es la legitimación del mando. Y otra advertencia capital a considerar por el Príncipe es que el Estado no es una abstracción, sino la suma del bienestar de los súbditos. Es el amor comprensivo, la Filantropía; pero una Filantropía recta, viril, vigorosa, sin debilidades. Pericles será su mejor ejemplo. Y todo ello procurando no interferir el libre desarrollo del comercio, sólo asegurando el marco de los pactos. Un Príncipe que deberá seguir el movimiento de las circunstancias con la vista fija en lo mejor para su pueblo. Un Príncipe que encarna un orden que debe ser justo, de leyes justas, pero firmes y armónicas entre sí, con especial atención a una justicia rápida en sus trámites y administración. Un Príncipe que deberá ser prudente, como ilustra el discurso *A Nicocles*. Todo ello es fruto de la Educación, una educación donde el monarca comprende su poder y afina los instrumentos del mismo. Y parte fundamental de esa educación debe ser la Historia

misma, de la que él y su tiempo no son sino un eslabón: la Historia, su comprensión, es la base de una ejecutoria recta, pues ella enseña los errores y también es espejo donde mirarse tratando de imitar la virtud de los grandes del pasado y de evitar el mal, cuyas consecuencias muy bien puede calcular por pretéritas tribulaciones.

Hay algo muy interesante: la forma externa del destino Real: las Ceremonias, que impresionan al pueblo, que lo conmueven, pero cuyo fin no es sólo sobrecoger, sino que constituyen la espina dorsal del orden en sí mismas.

El Príncipe deberá aprender que toda tentación de seguridad es errónea, y que debe tener en cuenta la precariedad de las relaciones sociales y estar dispuesto a modificar el equilibrio del orden. Y sobre todo deberá evitar hechos asoladores de ese orden: los desmanes de los poderosos, el uso arbitrario de su supremacía, el intervencionismo en lo que sólo a la propia sociedad corresponde, pero también la insurrección de los humildes en cuanto ruptura de la jerarquía social; esto es, la codicia y la insumisión, pues el desenfreno acarrea el fin de la libertades, el fin de la sociedad ordenada por las costumbres y las leyes, y esa hecatombe conduce directamente al caos o al poder intolerante y sin conciencia. Que gobierne la Ley y no cualquier –ni mayoría-ciudadano, como quería Aristóteles. Ya Platón lo advierte: el tirano es el escalón siguiente e incuestionable de la anarquía producida acaso inexorablemente por la democracia desmandada.

Uno de los frutos más hermosos de la lucidez griega es un organismo de poder, que con el paso del tiempo decreció legalmente, pero que siempre mantuvo la cima de la autoridad moral: el Areópago.

Hay un discurso *-Areopagítico-* cuya lectura recomiendo por lo que tiene de explicación de la fuerza de esa autoridad moral y de la necesidad de un organismo que, aun más allá de las leyes, cuyo aliento se remonta a los más profundos y misteriosos

vínculos tribales de sangre y jerarquía, es control de las costumbres, o lo que es lo mismo y con una expresión rotunda: la instancia moral para mantener a raya el caos.

Ese mismo discurso contiene una parte que sin duda sería en estos tiempos nuestros muy necesario meditarlo profundamente: su advertencia sobre el exquisito cuidado que debe ponerse en evitar el despotismo de la mayoría contra la minoría culta y equilibrada. Dado que nuestro sistema occidental de gobierno desde hace años y aún por algunos, son formas de la Democracia Moderna (quiero decir, con sufragio universal y partidos y una cada vez más arrolladora coacción de ese desvarío conocido por «opinión pública»), conviene ver qué conclusiones del legado de Grecia son actuantes en el mejoramiento de la misma y en la limitación de sus perversiones.

Para aclararnos, pensemos en un suceso reciente y por todos conocido, y veamos cómo se desarrollan unos hechos y cómo los hubiera organizado acaso un sistema donde la educación del príncipe no hubiera sido olvidada. Cuando los Imperios europeos alcanzan con la industrialización un crecimiento que los obligó a eliminarse unos a otros, el mundo sufrió el horror de la Primera Guerra Mundial. Ésta trajo devastación, hambre y revoluciones a Europa. A su final, cuando Alemania fue vencida se desmontó aceleradamente la vieja ordenación centroeuropea, se desgajó el Imperio Austrohúngaro y se sometió a Alemania a una postración insoportable. Los alemanes no tardaron en aliarse con el poder perverso que les prometía un futuro y ante el cual, todo hay que decirlo, dando ejemplo al propio pueblo alemán se humillaron los gobiernos vencedores en la anterior contienda.

Todo ello condujo a la Segunda Guerra Mundial, esa feroz conflagración por las libertades de un mundo que convendrán ustedes conmigo, cuando tal guerra terminó estaban mucho más sojuzgadas que a su inicio (piensen en Polonia, en toda Centroeuropa, etc.). La Segunda Guerra Mundial, sobre todo por la influencia de aquel

nefasto presidente manejado por los comunistas que fue Roosevelt, se convirtió en una carnicería -ya el mismo concepto de «guerra total» es la mayor proclamación de necesidad- y cuando terminó, el mundo occidental y sus tan cacareadas libertades se había entregado atado de pies y manos al imperialismo ruso, infinitamente más sutil, inteligente y poseedor de una idea, de una meta.

No vamos a entrar aquí en la discusión de esos años atroces, sino en imaginar cómo hubieran quizá dominado los acontecimientos otros monarcas o poderes mejor educados.

1.º- Hubieran intentado solventar el problema del reparto de mercados con una visión de largo alcance, aunque incluyese tratar el problema en el campo bélico, pero limitado, ya que una de las conquistas de la civilización es precisamente la guerra limitada.

2.º- Desde luego, conseguida la derrota de Alemania (derrota aceptada por un ejército todavía muy poderoso), se hubiera tratado de concertar no una capitulación sin condiciones (jamás alguien inteligente impone esa afrenta), sino una paz sólida, respetando la potencia militar de Alemania y de Austria y su orden imperial como garantía para frenar en lo posible el desmoronamiento social; esto es: jamás destruir lo que representaban como garantía de orden y defensa contra la perversión de los nacionalismos.

3.º- Con un Imperio fuerte, sin las innobles exigencias del Tratado de Versalles, no se hubiera producido seguramente el Nazismo, y de producirse en la descomposición del espíritu europeo, tal fenómeno no hubiera alcanzado proporciones considerables.

4.º- Pero demos un paso más: considerando inevitable ese error, al que tanto colaboró Clemenceau, y al Nazismo ya en escena, se hubiera podido combatir sin que ello significase el hundimiento moral de la sociedad occidental, sin que todos y cada

uno de los valores que nuestra Civilización había levantado en 2.500 años fuesen arrasados por todos los contendientes; se hubiera podido utilizar al propio pueblo alemán y a su ejército alentando la rebelión contra Hitler en vez de someter nuevamente, con la inflexibilidad de la capitulación, a la nación alemana a un obligado cierre de filas en torno al Nazismo, y sobre todo, se hubiera podido vencer a Alemania sin entregar el corazón de Europa, la propia Alemania, Checoslovaquia, Hungría, etc., al comunismo. Pero para eso hacían falta unas cabezas, unos gobernantes, educados para el Poder, unos gobernantes sabios, justos, equilibrados; unos gobernantes y un sistema que no hubieran olvidado la antigua lección de la Educación del Príncipe.

Seguramente ya es muy tarde para que nuestra situación histórica pueda incorporar esa sabiduría. Y sin embargo, aun negada, está en nuestra sangre. Grecia hizo a Roma y estrechísimos son también sus vínculos con el Cristianismo y el catolicismo, y es sobre esos pilares soberanos donde se alza la Civilización Occidental. El discurso final de esa Civilización es sombrío, violento, tanta veces sórdido e imprevisible en su holocausto. Cada vez nos alejamos más de aquellas metas griegas de equilibrio y orden. Pero el que aún vivan en nosotros nos obliga a la desesperada batalla por ver qué elementos de aquel discurso pueden aún actuar sobre nuestra sociedad y modificar nuestra vida.

El problema no es sencillo, y tratar de responder a él, menos aún. Occidente parece lanzado incuestionablemente por la vía de los gobiernos intervencionistas, de la dimisión moral, de la realización letal (o su intento) de una sociedad más igualitaria basada en la redistribución de bienes y la creación de una sociedad uniforme y domeñable. Al mismo tiempo esos pretendidos afanes igualitarios no han sido capaces sino de conducirnos a la parálisis económica, con el sometimiento de gran parte de la población con medidas de protección social y al hundimiento en el más abyecto

materialismo y en la negación de toda jerarquía. Si analizamos bien, es el final coherente de todos aquellos ensueños de planificación ideológica que se planteó el cambio de régimen a finales del siglo XVIII y el mundo se precipita en una ola de horror y violencia. ¿Puede el legado de Grecia aportar algo, pueden sus ejemplos insignes mostrarnos algún camino? Personalmente creo que sí, pero también estoy seguro de que no volveremos los ojos a su ejemplo y, perdonen ustedes mi pesimismo, creo que desembocaremos en una hecatombe.

Pero algo sí puede enseñarnos. Puede al menos descubrirnos otras posibilidades de vida, no ya las suyas, sino las que nosotros fuésemos capaces de crear si fuésemos capaces de saber adónde vamos, si tuviéramos una meta. Lo que Grecia hizo puede servirnos de advertencia. La Civilización Occidental, en un momento de su evolución, arrollada por la Revolución Industrial y el Socialismo, con una perversión de la Democracia en el olvido de que ésta no puede existir si el Poder puede vulnerar derechos "naturales", o lo que Hume llamó "Las tres Leyes fundamentales de la Naturaleza", se metió por caminos imposibles; jamás el odio y la separación entre las profesiones fue tanta; y en un momento dado de su historia, aquellos a quienes esa Democracia había enseñado a obedecer de forma indiscriminada, obedecieron, hubieran obedecido cualquier cosa, y obedecieron: el Nazismo fue obediencia democrática, y aquellas fuerzas que en nombre de la Libertad lo derrotaron militarmente, acabaron impregnadas de sus principios, que son los que hoy asolan nuestras vidas: la exaltación de la violencia, el engaño, la propaganda, el sutil mecanismo para embaucar, la ceguera ante el horror, la postración y la sumisión moral, la victoria de la brutalidad, lo que tantas veces he llamado el Poder sin Conciencia.

Aunque el desarrollo de esa huguiana «hambre del monstruo» desenjaulada parece que sólo se detendrá con el sacrificio final, ciertos elementos del discurso de

Grecia, de su legado, pueden ayudar a modificar algunos aspectos de nuestra realidad y a hacer más llevadera nuestra vida. Debemos concluir en que no hay usanzas políticas perfectas, ni acaso la esencia de una política sea la perfección; gobernar es un discurso de aproximaciones, tentativas, refutaciones hacia la consecución de una armonía que permita lo mejor posible que la comunidad viva, se desarrolle, sea libre y alcance la más alta cumbre de su esplendor espiritual. El movimiento de la Historia no es una línea recta y ascendente, sino una serie de meandros, y a veces de Guadianas. Grecia no fue una excepción, y si nuestro mundo se ha construido sobre ella -hasta sobre su lengua- no es porque los griegos lograran siempre hacer realidad sus sueños, pues muy al contrario, en numerosas ocasiones su política fue un despeñadero atroz y padecieron toda suerte de infortunios, excesos y yerros. Pero su idea de la sociedad fue tan equilibrada, y muchos de los hombres que lo simbolizaron, tan preclaros, que los siglos no han podido sino contemplar embobados su ejemplo, tratando de aprender de su sabiduría.

Sin duda Grecia es irrepetible. Pero su historia, enseña. Y como llegó muy lejos y muy alto, puede enseñar mucho. Aunque las situaciones sean diferentes -¿qué podría instruirnos en unas tan complejas relaciones internacionales como las nuestras, una sociedad que casi no las cultivó; de unificación, un pueblo que se caracterizó por su atomización; sobre las muy complicadas dependencias de las sociedades industriales, aquella rural y autárquica?-, aunque nuestro mundo sea, repito, otro, la lección de Grecia es necesaria para vivir como el aire que respiramos, porque los griegos llegaron a saber cuanto hay en el fondo de nuestro Destino, en el fondo del corazón del hombre, su coraje y su cobardía, su codicia y su generosidad, su crueldad y su bondad, su miedo y su osadía, su necesidad de soledad y su condición solidaria, y los límites de todo ello, los del Orden y los de la Libertad. Por eso es la gran maestra.

A estas alturas de nuestro siglo, seguramente es pérdida de tiempo cuestionar las fórmulas políticas de representación, las vinculaciones internacionales del comercio, del dinero, los movimientos de cohesión como la actual evolución hacia una Europa unida, las tensiones igualitarias de los sexos, etc. Lo que Grecia puede enseñarnos, con su sabiduría y sus fracasos, con su altísimo ejemplo, son ciertas reflexiones que acaso pudieran ayudar a mejorar o incluso modificar nuestra vida. Por ejemplo: el Sistema Democrático parece incontrastable, aunque muchos de sus errores estén poniendo en peligro precisamente algunos de los valores que pretendió defender con su aparición histórica. Pues bien, ¿es factible una Democracia liberal –no social- ; una sociedad donde estén garantizados los derechos de los ciudadanos que ya son nuestra costumbre para considerarnos en posesión de una vida placentera, próspera y libre, pero donde al mismo tiempo la línea de la Ley que separa lo que es posible de lo que arruina la sociedad sea clara, firme, segura de su derecho? ¿Esas garantías de libertad podrían prevenir mejor del triunfo de los malvados, de los incapaces, de los codiciosos, de los violentos? ¿Es posible el equilibrio de Orden y Libertad, tan amado por Cicerón? ¿Leges Legum?. Acaso una profunda meditación sobre la esencia de la Libertad y sus límites pueda ser una respuesta. Está en todo el discurso griego, en sus aciertos y también en sus fracasos. Se podría reflexionar sobre presuntas garantías del sufragio universal en esta Democracia sin olvidar que casi sin excepción a lo largo de los siglos los tiranos suelen alzarse por aclamación popular.

¿Sería posible que las guerras –si inevitables- puedan ser limitadas? Limitadas en todos los sentidos; usadas como instrumento de la política y con una muy cuidadosa utilización de sus armamentos, estrategias y fines.

¿Es posible una Enseñanza -una absoluta transformación de los actuales sistemas de enseñanza- donde de nuevo se situara como meta el amor a la Sabiduría por sí

misma, de la Cultura como algo cuyo disfrute es no sólo el más alto deleite sino que en ese movimiento hacia ella es donde el ser humano logra su rostro más hermoso y noble, desechando de una vez por todas esta moderna obsesión de zopencos que es el ansia de información? Y sobre todo, con una absoluta conciencia de que ese amor, esa curiosidad ilimitada y ese placer no pueden jamás -bajo ningún concepto- ser desvalorizados, volar más bajo del cielo en que los mejores hayan sabido asentarlo.

El pensamiento ha sido pervertido por lo que Hayek llamó la «fatal arrogancia» del Socialismo, y las naciones abocadas a lo que él también denominó «camino de servidumbre». Las consecuencias han sido catastróficas. ¿Será posible que la sociedad recuerde la Libertad? Las concentraciones urbanas originadas por la industrialización, ¿necesariamente han de ser monstruosos organismos productores de angustia, de soledad, de desorden? ¿Es forzoso que la sociedad moderna en su evolución destruya la familia? ¿Es inevitable el asolamiento de la Cultura?

Es muy probable que esa misteriosa plenitud que queda en algunas personas, y que es Grecia, no tenga posibilidades de modificar ya nuestro destino, que Occidente se hunda cada vez más en el horror, y que las democracias, inseguras y atemorizadas, den paso en su seno a nuevos totalitarismos salvajes. Recuerden ustedes una espléndida película de Bergman: *El huevo de la serpiente*.

Miramos hoy el orden antiguo como miramos sus estatuas, sus arquitecturas orgullosas y limpias y los textos que alumbraron la lucidez del mundo, como algo que ya no podemos repetir. El legado de Grecia en el orden político se hunde en la misma sima donde todos los valores que ha producido la humanidad, caen, con sus dioses y sus sueños, y a cuya boca campea feliz un asesino.

Pero mientras en nuestra sangre queden vivos los viejos principios de Orden y Libertad, de Libertad con Orden, de Ley, equilibrio, de predominio de lo razonable

sobre lo inicuo, de oposición a cuanto intente coartar nuestra individualidad, de la belleza sobre la barbarie, pervivirá ese legado y habrá un rayo de luz en medio de las tinieblas. Goethe dijo: «Sed griegos, a vuestros diversos modos y particularidades, pero sed griegos». Creo que al menos lo hemos intentado esta tarde.

Muchas gracias.